MUNDO DE LIBROS

Recuerdos de un anciano

ANTONIO ALCALÁ GALIANO

EDICIÓN DIGITAL

Vista previa gratuita · Mundo de Libros · tiendamundodelibros.com

Recuerdos de un anciano

Antonio Alcalá Galiano

Edición digital de dominio público.
Texto original: Project Gutenberg.
Mundo de Libros

NOTA DE TRANSCRIPCIÓN

* Las cursivas se muestran entre _subrayados_ y las versalitas se han convertido a MAYÚSCULAS.

* Los errores de imprenta han sido corregidos.

* La ortografía del texto original ha sido modernizada de acuerdo con las normas publicadas en 2010 por la Real Academia Española. La puntuación también ha sufrido ligeros retoques para su modernización.

* Así mismo la ortografía de los nombres propios de persona y de lugar ha sido modernizada.

* Las notas a pie de página han sido renumeradas y colocadas al final del párrafo en que se las llama.

* Se han incorporado al texto las correcciones y erratas declaradas al final del libro.

* Las páginas en blanco han sido eliminadas.

RECUERDOS DE UN ANCIANO.

BIBLIOTECA CLÁSICA.

RECUERDOS
DE
UN ANCIANO

POR EL EXCMO. SEÑOR D. ANTONIO ALCALÁ GALIANO

MADRID
Imprenta Central a cargo de Víctor Saiz
Colegiata, núm. 6.
1878

AL LECTOR.

Al dar a luz, coleccionados y en forma de libro, los artículos que con el título de _Recuerdos de un anciano_, hace años y en vida de su autor se publicaron en la acreditada revista titulada _La América_, que a la sazón dirigía con sumo acierto el señor don Eduardo Asquerino, cedo al deseo manifestado repetidamente por muchas personas de valía de recorrer de nuevo las interesantes páginas que contienen, y que, aparte de su mérito literario, encierran una suma de noticias tan curiosas como ignoradas, y de cuya veracidad son garantía suficiente la prodigiosa memoria del escritor y la entera buena fe, que si resplandeció en su carácter cuando vivo, según es notorio, hoy se refleja fielmente en sus escritos.

El haber publicado el periódico _Las Novedades_ el 11 de junio de 1862, tomada del _Diario_, la sesión de las Cortes en Sevilla de igual fecha de 1823, en que se adoptó la resolución de suspender al Rey para verificar la traslación del Gobierno a Cádiz, movió al autor, tanto de aquella célebre medida como de la presente obra, a escribir el primer artículo de sus recuerdos en _La América_, declarando entonces en un preámbulo al relato, que hoy se suprime por aparecer

este hecho en el lugar que cronológicamente le corresponde y resultar allí innecesario y aun ocioso, que «como es sabido, las relaciones de oficio solo dan una idea imperfecta, o cuando menos no cabal, de los sucesos que conmemoran, y quizás no fuese inoportuno añadir al compendioso relato de lo que se dijo y se resolvió en aquella ocasión, lo que entretanto ocurría en el salón y en sus inmediaciones».

Este fue el propósito que realizó al narrar aquel episodio interesantísimo de nuestra historia moderna, y sin duda, animado por el éxito que obtuvo y puesto en vena de hablar de los principales sucesos de aquel primer tercio del siglo actual en que le tocó ser espectador interesado y aun autor principal más de una vez, empezaron a brotar de su pluma, sacadas del inmenso arsenal de sus recuerdos, las singulares escenas que describe en esta venida a ser hoy obra, de cuyo precio y tasa me vedan ocuparme el amor que profesé al padre queridísimo, el respeto que a su gloriosa memoria dedico en todas las horas de mi vida, y que aun así y todo, apenas creo que me hace digno de llamarme su hijo y de llevar, si orgulloso, a la par con temor de no merecerle, el nombre ilustre que, cualquier que sea el juicio de los críticos, logró aquel varón singular consignar de un modo indeleble en la historia y literatura patrias.

Páginas nacidas de tan castiza pluma, hechos interesantes como los relatados, bien merecen que el público fije en ellos su atención con preferencia; algunos para recordar lo que entonces leyeron; los más para leer lo que, conviniendo que se sepa, a la par que instruye, deleita.

Más tarde, cuando las circunstancias lo permitan, verá la luz la obra póstuma del autor, que es como la fuente y origen de donde proceden

estos episodios; sus memorias inéditas, en que se presentará al público el personaje en la vida política y privada, desnudo de todo atavío, tal como fue en sus propósitos y en sus hechos, y derramando cual brillante antorcha la más viva luz sobre los sucesos de los dos primeros períodos de la revolución española.

Al entregar de nuevo esta producción al juicio del público, sírvame de excusa para confiar en su éxito el que ya alcanzó en otro tiempo, y que, no tratándose ni mucho menos de una obra de circunstancias, es de esperar consiga ahora como entonces.

ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

RECUERDOS DE UN ANCIANO.

I.

CÁDIZ EN LOS PRIMEROS AÑOS DEL SIGLO PRESENTE.

Cádiz, donde residía yo, poco después de empezado el presente siglo, era a la sazón un pueblo floreciente. La guerra con la Gran Bretaña, seguida desde 1796 a 1802, le había sido funesta, sin causarle con todo males a que no pudiese y debiese poner término la renovación de la paz, a la cual habría de acompañar abrirse las comunicaciones con nuestras extensas y en cierto modo ricas provincias de América, fuente principal por entonces de la riqueza de España, y señaladamente de la del puerto y plaza de comercio que, si no

monopolizaba, conservaba para sí en su mayor parle los provechos del tráfico con aquellas apartadas regiones. La paz de Amiens, ajustada al entrar 1802, dejó sentir su benéfico influjo en Cádiz de un modo prodigioso. Empezaron a venir en abundancia buques de varios puntos de América, todos con buenos cargamentos de producciones preciosas y de gran valor en el comercio, y, sobre todo, de plata. De esta última recibía gran porción el gobierno, no escasa los particulares, una parte crecida el vecindario gaditano. Notábase gran movimiento; poblada de buques la bahía; transitando por las calles numerosos carros cargados de efectos, o procedentes del puerto, o llevando a los muelles los venidos del interior, y cruzando por entre la concurrencia de paseantes, allí muy numerosa, robustos gallegos en cuyo cuello, doblado por el peso, como que relucía al través de la grosera tela de las talegas el metal de los pesos duros. En tanto se levantaban casas nuevas, no recomendables por su belleza arquitectónica, pero sí por su solidez y primor, todas de sillares, cuya piedra fea y de color oscuro cubría una capa de blanquísima cal que daba al total de la ciudad el carácter de blancura que la distinguía, mientras las rejas, entonces en lo general de España dejadas en su negrura primitiva, aparecían cuidadosamente pintadas, las más de ellas de color verde, y las vidrieras, en vez de compuestas de vidrios feos y pequeños, lo estaban de cristales o vidrio finísimo y transparente. Era extremado el aseo del piso, siendo allí desconocido el lodo, aun en los días en que aquel cielo, generalmente despejado, aparecía cubierto de espesas nubes, que, empujadas por el vendaval, descargaban torrentes de agua mientras azotaba el mar las murallas con espantoso bramido, derribándolas a trechos, dejando abiertos los allí conocidos con el nombre de agujeros, y amenazando ruina a los

edificios vecinos. Era en cierto grado el lujo grande, pero no parecido al de los días presentes, en que conocemos comodidad y regalos ignorados de nuestros padres. No existían sino para muy pocos en España las alfombras, si bien no faltaban enteramente en Madrid, en las casas más principales, y aun de ellas había algunas en provincia. Suplían su falta en invierno las esteras; pero las de Valencia, casi únicas en Madrid, en Cádiz eran tenidas en corta estima, usando los ricos de unas hechas en Chiclana, de buena labor para ser esteras, y cuyo precio no era bajo, aunque no fuese alto. La madera de caoba, escasa en lo interior de la Península, abundaba en Cádiz. Así los muebles de la gente de la clase media hacían notable ventaja a los usados por personas de la misma calidad y de iguales o mayores bienes de fortuna avecindadas en la corte. Una particularidad de la cultura gaditana en el ramo de adorno interior era el cuidado con que se amueblaban las habitaciones interiores, cuando en Madrid el escaso lujo solía ceñirse a las salas y gabinetes de recibo. Los comedores gaditanos ostentaban, por lo común, mesas de caoba, allí entonces siempre maciza, teniéndose en menos el trabajo del enchapado. El servicio de cristal era curioso, y el agua servida a la mesa en botella blanca, en vez de echarla el criado en los vasos desde un jarro de loza basta, siendo la de los platos y fuentes toda inglesa de la llamada de pedernal, nombre que en nuestros días casi ha perdido. Así es que, trasladados a Madrid, los gaditanos hacíamos ascos, y no sin alguna razón, a varias cosas de la capital, lo cual hubo de durar aún hasta después de la guerra de la Independencia.

En el vestir era también esmerada la gente de Cádiz, pero había diferencia notable entre la del uno y la del otro sexo. Porque el traje de los hombres era, en la clase alta y media, el de los extranjeros, y

particularmente el de los ingleses, y la clase baja, aunque usaba chaqueta, no vestía a la andaluza, y al revés, las mujeres, aun cuando no fuesen de majas (lo cual era diferente del vestir ordinario y no estaba en uso común), solo salían a la calle, necesitando para ello mudarse de ropa, con basquiña (cuyo nombre era el de saya), mantilla y jubón (conocido este último con la palabra corpiño), todo lo cual hacía de las gaditanas criaturas (como diríamos ahora) especiales, a las cuales daba realce el pie pequeño, calzado con zapato corto y bajo, y, al andar por las llanas y bien empedradas calles y plazas, el airoso talle y el gracioso contoneo.[1]

[1] Del andar y meneo de los gaditanos dice lord Byron en su poema _Don Juan_, canto segundo:

I cannot describe it; so much it strike. Nor liken it: I never saw the like.

Que mal traducido, dice:

Tanto admira, que mal puede pintarse.
Ni a compararle acierto; que en mi vida
Cosa no vi a que pueda compararse.

Eran los gaditanos finos en sus modales, no al par con la gente cortesana, sino de una finura cual es la de las personas del alto comercio en pueblos donde el trato con los extranjeros de las naciones más adelantadas en civilización y cultura es frecuente. Algo y aun no poco tenían, con todo, de gente de provincia. Lo notable en Cádiz era que las clases bajas en su tono y modos apenas se diferenciaban de las altas, siendo corteses, y sobre todo cariñosas, y no manifestando en el trato con sus superiores ni humildad ni

soberbia, como si un espíritu y práctica de igualdad social no dejase lugar ni a la sumisión ni a la envidia, o al odio por ella engendrado contra los favorecidos por la fortuna, a quienes tampoco consentía el uso que fuesen desdeñosos.

En cambio de tan ventajoso estado de cultura material, el cultivo del entendimiento estaba en Cádiz descuidado. Verdad es que se enseñaban allí las lenguas francesa e inglesa, abundando quienes las aprendiesen hasta llegar a hablarlas con la fluidez y corrección necesarias para la conversación y el despacho de los negocios mercantiles. Dos establecimientos con el título de academias, a los que hoy diríamos colegios, se habían distinguido allí desde los últimos años del siglo próximo pasado. Para señoritas había una academia dirigida por una francesa llamada madama Bienvenú, a la cual siguió otra no inferior en reputación, puesta a cargo de una española llamada doña Rita N. Aunque en estas, así como en las dos antes citadas, destinadas a niños, de ellos ya muchos crecidos, había clase de francés, no salían las discípulas muy aventajadas, porque o la genial pereza era impedimento al estudio, o las costumbres de la juventud, nada favorables a él, borraban en breve de la cabeza, como cosa no de uso, el corto y superficial saber adquirido de no buena gana.

Aunque no habían por entonces llegado los días del _periodismo_, palabra todavía desconocida, aunque ya existiese la de periódicos, hacia 1804 apareció uno en Cádiz. Privaba en aquellos días entre los lectores andaluces _El Correo de Sevilla_, de que era editor don J. Matute, médico y literato, y donde salían a luz versos de Blanco, Lista, Reinoso, Arjona, Roldán y Mármol, con algunos de González Carvajal, y también artículos en prosa sobre crítica, en los cuales _El

Hasta aqui llega la vista previa gratuita.

Sigue leyendo este libro completo en tu biblioteca:

compralo por $20 MXN o leelo con la Membresia ($149 / 30 dias).

tiendamundodelibros.com